



Jean Carlos Brizuela: *Laureano Villanueva o la pasión por la Historia. Historiografía y política en las últimas décadas del siglo XIX venezolano*. Caracas, Dirección de Publicaciones de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Academia Nacional de la Historia, 2019, 175 pp.

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ LORENZO¹
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
ESCUELA DE HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA UNIVERSAL

Nº 55

• Año 28, Enero-Junio, 2023

Pareciera tener aceptación generalizada la afirmación de que la pertinencia de los estudios universitarios en Venezuela, radicaría en haber permitido, junto con la militancia partidista, luego de que la vía de las armas para la toma del poder dejara de ser el camino más expedito, el ascenso socio-económico.

Esta percepción, acaso, tiene un doble sustento. El primero tal vez debido a la comodidad dialéctica de insistir, con exclusividad, en uno de los componentes de los planteamientos marxistas, por parte de los grupos de izquierda para efectos de predicar su ideología con algo de fundamento “científico”: la concepción dualista de la división de la sociedad en clases antagónicas y resumido como pobres contra ricos, en todos los ámbitos (institucionalizados o no) a los que pudieron acceder. Entre estos principalmente las universidades mismas. Sirva, al respecto, recordar la consigna de los años sesenta a los ochenta del siglo pasado que, en marchas, campañas electorales, pancartas, afiches y paredes “resumía” aquello a lo que aspiraba

1 Licenciado en Historia (ULA, Mérida-Venezuela: 1983), Magister Scientiae en Filosofía (ULA, Mérida-Venezuela: 1996), Diploma de Estudios Avanzados (Universidad de Sevilla, Sevilla-España: 2006), Doctor en Antropología (ULA, Mérida-Venezuela: 2022). Profesor Titular adscrito al Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela).

esa izquierda: “Educación: primero el hijo del obrero, después el hijo del burgués” ...

El segundo sustento lo constituyó el hecho real que, cualquiera que haya estudiado una carrera de Educación Superior durante las décadas referidas en el párrafo anterior, podría testimoniar: hijos e hijas de familias campesinas, obreras o de trabajadores administrativos y del sector salud, obteniendo grados académicos que les acreditaban profesionalmente para desempeñar labores que sus progenitores nunca pudieron, recibir por ello remuneraciones muy superiores y tener capacidad, por vía propia, para adquirir —fuera del caserío o barrio en que nacieron— vivienda, vehículo y electrodomésticos.

Por supuesto que las últimas situaciones descritas no fueron automáticas ni aplicaron para todos los casos. Pero aquel “alcance” de la “promesa socialista” de tal “igualdad” se logró —aun siendo de forma bastante modesta— sin que los gobiernos de entonces se asumieran como “de izquierda”, sino identificándose más bien con la democracia (aunque tildada entonces de “burguesa”) y (no sin paradoja), dando continuidad a las prácticas de los gobiernos militares precedentes de orientar parte del ingreso petrolero a crear, consolidar y favorecer el crecimiento infraestructural, institucional y matricular, además de las escuelas y liceos, de los centros de Educación Superior, en los cuales toleró el acrecentamiento de la autonomía académica (más no la financiera mediante generación de recursos propios, tal vez por temor a que ello fortalecería aún con más fuerza el poderío que la izquierda había logrado en ellos). Con este crecimiento se incrementaron tanto las carreras tradicionales como las que se correspondían con las innovaciones de la ciencia y la tecnología y, especialmente, los postgrados.

En ese fortalecimiento institucional radica una de las pertinencias sociales y culturales obviadas, cuando se percibe a la Educación Superior apenas como “fábrica de clases medias”.

Los estudios superiores en Historia datarían en Venezuela de 1936 con la creación del Instituto Pedagógico Nacional, 1953 (Escuela de Historia de la UCV) y 1955 (Escuela de Humanidades, con dos secciones: Letras e Historia, en la ULA) y tuvieron como referencia a la Academia Nacional de la Historia, que había sido creada en 1888. En cuanto a su matrícula, nunca fue significativa, en comparación con las de otras áreas de conocimiento, por lo que el ascenso social de sus egresados no tuvo mayor impacto.

Su impacto es posible detectarlo en otros ámbitos, como el de la independencia que alcanzó el oficio historiográfico, la profesionalización de la tarea de investigar y la sistematización de sus procedimientos en cuanto a

la formulación de hipótesis, manejo de fuentes, organización de los datos, análisis crítico de la información, alianza con otros ámbitos de estudio y rigurosidad en la exposición de los resultados.

En otras palabras: las instituciones de Educación Superior hicieron posible que la investigación histórica respondiera a criterios sobre los que existe consenso en la práctica profesional internacional y no preponderantemente a la satisfacción de intereses personales, ideológicos, partidistas, corporativos o gubernamentales, asimismo la divulgación de sus resultados se abrió a opciones que no se limitaban a las capacidades de financiamiento de los gobernantes para imprimir, adquirir y (en el mejor de los casos) distribuir los textos impresos y, además, el historiador dejó de ser sólo un autodidacta, abogado, ingeniero, médico, militar o sacerdote “prestados” a las tareas historiográficas.

En resumen: gracias a la profesionalización de los estudios históricos y al egreso de historiadores como profesores, licenciados y con diplomas de posgrado de centros de estudio pedagógicos y universitarios, tanto de Venezuela como del extranjero, el conocimiento histórico a disposición de los venezolanos sobre su trayectoria como pueblo no solo se amplió, sino que se asentó sobre bases firmes, favoreciendo las posibilidades de medir sus capacidades y ubicar ejemplos de alcance de metas y fijación de sueños. Ello por la confianza que puede merecer una labor realizada por alguien con rango socio-profesional reconocido y validado para desempeñarla, por la recurrencia a fuentes de información resguardadas, preservadas y organizadas mediante procedimientos aceptados internacionalmente y por la preeminencia de la crítica al momento de analizar e interpretar, dentro de parámetros de contextualización coherente, los datos con los que se elabora un discurso (no necesariamente siempre escrito) histórico siempre abierto a la verificación, enmienda y ampliación.

Esta extensa disertación previa permitirá presentar, sobre sus bases, un libro y un autor que encarnan, de forma plena, lo que se ha intentado exponer, porque en buena manera ambos son resultado y expresión de la construcción de la profesión en Venezuela.

En efecto, Jean Carlos Brizuela (nativo de Maracay, hijo adoptivo del estado Cojedes y asentado con vecindad familiar y laboral en Mérida) es un historiador egresado del Instituto Pedagógico de Maracay de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, con Doctorado en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello, Profesor Titular de la primera de las instituciones mencionadas en su Núcleo Mérida, Coordinador de la Maestría en Historia de Venezuela de la Universidad de Los Andes y autor

de una extensa y prolífica obra hemerográfica y bibliográfica. El libro aquí reseñado es el extracto de tres capítulos de su Tesis Doctoral, referida a uno de los representantes no solo de la lenta y accidentada fragua de la profesión de historiador en Venezuela, sino sobre todo del moldeamiento de la forma como los venezolanos han procurado entenderse como pueblo amalgamado, por sobre las diferencias, administrando su memoria histórica, a la vez que representa de forma concreta cómo la venezolanidad implica también lidiar con las contradicciones.

La obra se ocupa de Laureano Villanueva (1840-1912), un auténtico hijo de su tiempo, en un país que —sin haber adquirido perfil propio ni ser homologable con un mundo mutable de capitalismo pujante, gracias a la Revolución Industrial y la expansión colonialista y de capitales, y con estados-naciones lidiando con ideas liberales e insurgencia obrera, para constituirse como modelo global dominante— forzaba a desempeñar el mayor número de oficios posibles. Y a él le tocó hacerlo. En efecto: fue médico de formación, periodista, letrado, funcionario público en diversos cargos y ocasiones, político de ideología liberal, persistente candidato presidencial e intelectual que destacó como biógrafo e historiador. Y esta última, precisamente, es la fase de su vida en la que centró Brizuela su estudio y análisis exhaustivo.

Como se adelantó, el libro está compuesto por tres capítulos.

El primero está dedicado a la valoración que se ha hecho de la obra historiográfica de Villanueva, tanto por parte de sus coetáneos (Julio Calcaño, Rafael Seijas, César Zumeta y Gonzalo Picón Febres), como de historiadores profesionales posteriores (Germán Carrera Damas, Antonio Mieres y David Ruiz Chataing, quien —además— escribe la ‘Presentación’ de la obra de Brizuela).

El segundo se ocupa de la caracterización de la obra de Villanueva como historiador (sobre todo respecto de sus biografías de José María Vargas, el Mariscal Antonio José de Sucre, Ezequiel Zamora, José Antonio Páez y José Laurencio Silva). De ella vendría resultando que si bien, junto con Felipe Larrazábal, Juan Vicente González y Eduardo Blanco, contribuyó a establecer el militarista culto bolivariano, a la vez, igualmente procuró que fueran reconocidos los valores del “heroísmo cívico” de los “grandes ciudadanos”. De esa caracterización también obtiene Brizuela que, en correspondencia con los principios de la ciencia histórica proclamados en los años decimonónicos (buscar a todo trance la “verdad histórica”), Villanueva tuvo siempre cuidado en sostener sus afirmaciones con rigurosidad y erudición, recurriendo a fuentes primarias. Asimismo, muestra que, aun siendo el historiador-biógrafo de reconocida fe cristiana, compartió la visión

del Historicismo, logrando exponer su convicción de que el rumbo de la historia estaba marcado por el progreso y la evolución social, pero señalando que ellos estarían determinados por designios providenciales, de los cuales la figura del héroe vendría siendo su instrumento. Otro aspecto que resalta el capítulo sobre la historiografía de Laureano Villanueva es la de que estuvo contextualizada en una época de militarización del poder, con largo dominio del liberalismo amarillo guzmancista y una economía débil, por lo cual las labores de investigación (acceso a los archivos, por ejemplo), publicación y distribución, necesariamente dependían de los encargos interesados que hacían los gobiernos, lo cual llevaba —además— al predominio de una “narrativa militante” entre los historiadores, que con ello la historia fuera recurso de propaganda tanto para los gobernantes como para los aspirantes a serlo y que, entonces, el discurso histórico se revistiera de “utilidad política”.

En el tercer capítulo el historiador Jean Carlos Brizuela estudia las dificultades adicionales para que Villanueva, como individuo concreto, actuara como historiador. Le tocó hacerlo en contacto con los rasgos restrictivos de la historiografía del siglo XIX, las limitaciones y complejidades propias de su ejercicio en Venezuela en el último tercio de aquella centuria y comienzos de la pasada, convivir con la erudición documentalista, el “culto al dato” de un cientificismo positivista que renegaba de la costumbre de entender el trabajo del historiador como el de reunir, clasificar y criticar las fuentes y también con la pervivencia de asignar a la providencia un carácter de factor causal determinante sobre los hechos históricos. Acaso por eso considera como las mayores dificultades que debió enfrentar, tanto en lo vivencial como en lo intelectual, la de haber tenido cercanía con figuras centrales del Positivismo venezolano como Villavicencio y Lisandro Alvarado y lograr conciliar su concepción cristiano-providencialista de la historia con las ideas innovadoras (leyes sociales, evolución social, progreso y civilización) defendidas por ellos, por un lado, y por otro: mantener el equilibrio entre cierta ortodoxia conservadora que tenía respecto a su concepción de la sociedad con los postulados liberales que, en lo político y en lo historiográfico (caso específico de su *Vida del Valiente Ciudadano General Ezequiel Zamora*), proclamó defender y querer para su país.

Más todavía, y aquí acaso radica la gran contradicción que los estudios universitarios de pregrado y postgrado han hecho al conocimiento de su historia a los venezolanos: no se trata, antes y ahora, de que la historia del país constituya cierto “fondo” de claroscuros, con momentos de luz heroica y gloriosa (como, tal vez, podría suponerse que fueron los períodos de la independencia a comienzos del siglo XIX o la misma democracia

representativa de las décadas finales de la centuria siguiente), y otras de decadencia ominosa (como podrían suponerse que fueron las dictaduras militares o el “saqueo económico” por las compañías petroleras). Sino que toda época tuvo y tiene complejidades, tanto en cuanto a vivirla, disfrutarla o padecerla, como es lo propio de la existencia humana. Y esto lo pone de manifiesto tempranamente en la ‘Introducción’ (pp. 10-11) que escribe el propio Brizuela para su libro, refiriéndose a Laureano Villanueva, como persona a la que le tocó ser contradictorio en una época complicada, sin sucumbir a su circunstancia y hacer prevalecer, pese a ello, su voluntad de ser médico e historiador, pese a los obstáculos y tentaciones de, en este caso, el poder político:

Villanueva... participó en el debate político nacional y mantuvo una relación, entre encuentros y desencuentros, con el poder a lo largo del período denominado liberalismo amarillo. No obstante, de su activismo político en condición de militante del heterogéneo partido liberal que le condujo a desempeñar roles periodísticos, parlamentarios, ministeriales y gubernativos en el estado Carabobo, procuró no desvincularse de su profesión médica ni de su pasión por la historia... en aquellos momentos en los cuales el reposo político le permitió mayor concentración para ocuparse de tales quehaceres.